



GUILLERMO SACCOMANNO

*El amor argentino*



BIBLIOTECA  
SACCOMANNO



# Guillermo Saccomanno

El amor argentino

1

LOS PAPELES DE GÓMEZ



*A mí me habían matado las ganas de vivir en el 55, en el bombardeo de la Plaza de Mayo. Y no me creía siquiera un novelista discreto para anestesiarse el dolor en una catarsis. Para qué remover la herida si en este país la justicia no existe, me decía. Como muchos, me iba enquistando en el resentimiento. Mis clases de literatura en el nocturno eran cada vez más monótonas. Era imposible transmitirle a esa muchachada de explotados bostezantes las virtudes de un endecasílabo. Trabajaban deslomándose para ganarse el mango. Y estudiaban por la noche con la ilusión de que un título hace de uno alguien. Como si no tuviera bastante tristeza encima debía andar disimulando mi vicio inglés, no fuera cosa que me echaran del colegio.*

*En las últimas elecciones, como los peronistas proscritos, yo había votado sin mucha convicción a Frondizi, que prometía integrar al justicialismo. Aunque yo no era un peronista, tenía mi simpatía por el movimiento. Y en especial la había tenido en su época por Evita. Una amiga había criticado esta tendencia mía. Según ella, me tiraba el olor a catunga antes que las reivindicaciones sociales. Y lo que me atraía de esa mujer era su gala de travesti. Me rebelaba contra esta crítica. Siendo cabecita negra, me decía, qué otra cosa puedo ser sino peronista. Parecerá contradictorio que por esa época me hubiera tentado publicar un ensayito en Sur, uno sobre la orfandad*

*del héroe en La isla del tesoro de Stevenson. Pero después del bombardeo, mis gustos habían cambiado. Con su complicidad civil, todo ese grupito de Sur, prosternado en torno a su patrona, esa snob, me caía cada vez más agrio. Además ahora el peronismo volvía a la carga, pero desde la Resistencia. La mansedumbre que había caracterizado a las masas durante el peronismo, derrocado el régimen, al perder sus conquistas, se había transformado en resistencia. Al bombardeo, los fusilamientos, la picana y la persecución ahora el peronismo contestaba con huelgas, manifestaciones relámpago y sabotaje constante: se destruían medidores de luz, se incendiaban buzones, se cortaban cables, se inutilizaban vías y se provocaban fallas mecánicas arruinando todo lo que sirviera a los intereses de la Fusiladora. Los caños explotaban en sitios estratégicos. Cuando me enteraba de un destrozo que la Resistencia había infligido en un blanco gorila no dejaba de alegrarme. Sin embargo, observaba los acontecimientos con una distancia más cercana al escepticismo que a la prudencia. En tanto, acorde con los sucesos, sin mucha expectativa de publicar, me dedicaba a leer y hacer anotaciones sobre “El matadero”, ese escrito de Echeverría que funda nuestra literatura como acto reflejo de la violencia política. Una violencia que se prolongaba a través de los siglos y envolvía, sin ir más lejos, esta Buenos Aires en la que Frondizi había ganado las elecciones coqueteando como un gobernante sensible a las posiciones de izquierda y al fubismo. La Revolución Cubana se consolidaba. Y el presidente recibió al Che. Pero el idilio frondizista duró lo que un suspiro. Bastó un breve período de gobierno para que la oligarquía, los capitales y la derecha lo obligaran a torcer el rumbo. La entrega del patrimonio nacional fue un hecho. Desde aflojarle a la iglesia en la educación hasta la entrega del petróleo a los yanquis, pasan-*

do por el ministerio de economía en manos del liberal Alsogaray y la obediencia al FMI, los ajustes a la clase trabajadora y su insurgencia marcaron el fin del sueño desarrollista. Los militares comenzaron a hacerle planteos al gobierno.

Apagado como estaba, me pregunté si acaso no necesitaba, más que un cambio de aire, un cambio de vida. Empecé a fabular mi exilio de la capital. La Patagonia se me ocurría, como a tantos, una tierra de salvación. Busqué un destino en mapas y libros de cronistas. Consulté en las oficinas de las gobernaciones. Así como unos años atrás me había ilusionado con una experiencia Thoreau en el Tigre, ahora me entusiasma con la idea de una existencia más cruda.

En tanto, mantenía encuentros clandestinos con un obrero de la carne. Pero este amorío, pensaba, no era suficiente para retenerme en las calles de una ciudad que me era cada día más ajena. Me sentía cada vez más extranjero. “La vida que aquí perdiste, la has destruido en toda la tierra”, decían unos versos de Kavafis. Y ésta era la reflexión que volvía mis entusiasmos poco decisivos. Estaba perdido, sí.

Los rumores de golpe de estado se volvieron rutina. También los desplazamientos de tropas, los tanques por la calle. Las promesas de Frondizi quedaron en promesas. En ese enero, durante una huelga en la que se oponían a la privatización del frigorífico Lisandro de la Torre, los obreros tomaron sus instalaciones y protagonizaron una batalla contra la policía y el ejército en el barrio de Mataderos. Quizá mi lectura de Echeverría pudiera legitimarse con estos hechos. Por supuesto, mi simpatía por los protagonistas del cuento estaba invertida.

Sin embargo, en este período, como digo, mi afición literaria parecía extinguirse sin consuelo. Todo lo que se me ocurría respecto al Romanticismo, el pensamiento unitario y su proyec-

*ción en las políticas de la ciudad puerto ya había sido analizado por otros con mayor lucidez y mejor prosa. Yo no sólo estaba destinado a fracasar como novelista discreto. También como ensayista polémico.*

*Una tarde que andaba hurgando en los puestos de libros del Cabildo, encontré en una revista vieja un artículo sobre las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires. El artículo estaba firmado por un escritor que será, en un rato, uno de los protagonistas de esta historia. Una digresión, si se me permite: creo que la literatura, en cierta forma, es una ciencia oculta. Quien la practica suele convencerse de que tiene la posibilidad de cambiar la realidad. También, para no pocos, la literatura encierra un valor profético. Pensaba en estas cuestiones cuando al informarme sobre el autor del susodicho artículo periodístico, un dato biográfico me despabiló. El escritor había conocido en una noche de bohemia a esa mujer que sería más tarde la abanderada de los humildes.*

*El hallazgo de estos papeles me devolvió, si no la confianza en la literatura, una curiosidad imprevista, un interés chismoso por averiguar cómo había sido ese encuentro entre el escritor poseído y la por entonces partiquina. El hallazgo tuvo un mérito: consiguió distraerme de mis tribulaciones. Es decir, de mí mismo. Así, en ese enero caliente, indagar en ese encuentro se me hizo una obsesión que juzgué con poco escrúpulo. Las devociones literarias no son distintas, por más remilgos intelectuales que uno profese, del cholulismo. Era cierto también que pesaba en mí una identificación con ese hombre y esa mujer. Y que el componente que determinaba mi búsqueda estaba cifrado en el resentimiento. Pero todas estas consideraciones, lejos de refrenarme en la investigación, la inspiraban con una tenacidad morbosa que se me hizo carne.*

2

LLÁMEME HURTADO



Llámeme Hurtado, se presentó.

Alguien me había prevenido. No era precisamente un viejo simpático. Si un pibe lo hubiera llamado sin querer “abuelo”, lo habría carajeadado.

Me habían hablado de él: “Hurtado sabe lo que pasó”, “Hurtado debe acordarse”, “Hurtado estuvo cuando”, “Hurtado se juntaba con él”. Señales y referencias me condujeron inevitablemente a Hurtado, ese testigo que finalmente creí conocer, como se dice, de toda la vida. Y me engañé. “Cómo se puede sostener que se conoce a otro cuando nadie se conoce a sí mismo”, me reconvino. “Lo mismo vale con respecto a los hechos que pretende apuntar. Dese cuenta de su proximidad con Ripley, créase o no.”

Lo encontré en el mostrador de ese bar que él denominaba “el bar del fin del mundo”. En realidad, un bar vecino al Bajo, un local oscuro, apenas respirable en las tardes y noches de verano. Todos nuestros encuentros se produjeron en ese enero en ese bar.

En su acento creí notar una tonada oriental. Al hablar arrastraba la erre y en ocasiones, en el apuro de una anécdota, podía comerse las eses. Quizá temía que la memoria se le disolviera como el hielo en la ginebra

de ese enero. “A propósito, Gómez, le aviso: Enero y yo tenemos algo en común”, dijo. “Ni un día fresco.” Raramente, en esas noches, se dejó deslizar hacia la condescendencia con el blockcito, la birome y mi ansiedad. Pensé en él como en un personaje literario. Y cuando se lo dije, bastante más tarde, puso su izquierda en mi hombro dedicándome una mirada paternal. Le disgustaban los homenajes. Aumentaban su edad.

Quién le dijo que yo sabía o puedo saber algo, me tanteó la primera tarde. Hacía calor, mucho. Estaba nublado. La tormenta iba a estallar en cualquier momento. Pero después siguió de largo. “No haga literatura, Gómez”, me diría. “Un solo favor: no haga literatura. Me enferma.”

Le conté que muchos me habían aconsejado conversar con él. Omití deliberadamente los apellidos. Entiendo, dijo. “Usted quiere preservar identidades o resguardarme de los susceptibles. Simplemente, somos pocos, y nos fichamos por el olor. Todos pertenecemos a la misma débil y egoísta calaña de los yositos. Nuestro yosito nos ordena, gigante y mosca de letrina a la vez.”

Roberto y Eva, dije.

Qué le calienta lo que pasó con ellos, me preguntó.

Le proporcioné una explicación, pesada en libros. Cité a Marcel Schwob, sus *Vidas imaginarias*. Eso de sacar los arcanos a la luz.

Se cree en el tema, eh, me dijo Hurtado sin despegarse del mostrador, haciéndole un gesto al pelado detrás de la caja, con el índice perpendicular en el vaso vacío con un solo hielo. Después pidió otra ginebra.

Y dijo:

Dios, si existe, me libre y guarde de un título en letras.  
Le agregué soda a mi ginebra.

Los egipcios usaban apodo, comentó. Escondían el nombre. El verdadero nombre. Si sus enemigos lo averiguaban, estaban sonados. Ese Astrólogo, cuyo verdadero nombre todos ignoran, era un tipo peligroso. Un malandra refinado. En una de éstas, la historia que usted quiere morder no empieza siquiera con ese embaucador que decía ser discípulo de Zoroastro, Nostradamus, Cagliostro y Saint Germain. Quizá empiece con los caldeos. Y ojalá Roberto y Eva no sufran en ese sitio al que fueron a parar y del cual nadie volvió para contarlos. Los dos sabemos, joven, que todo ha sido dicho, todo ha sido escrito y, sin embargo, va a volver a contarse. La lengua, según se lee en inscripciones jeroglíficas, crea todo lo que se ama y todo lo que se detesta, crea la totalidad de las cosas. Nada existe sin haber recibido su nombre en voz alta. Tranquilícese. No vamos a hacer un papelón poniéndonos a gritar.

Consultó su Omega de bolsillo. Y dijo:

Es tarde. No tengo sueño. Hace mucho que perdí el sueño.

Miró el segundero:

Qué sabrán estos suizos de la magia. Miden el tiempo con exactitud, pero con sus aparatitos no nos ayudan a situar el comienzo de una historia. Esta historia puede empezar también de otra forma. Y puede ser también una historia de amor. Una historia de amor puede dar cuenta del universo. Pero, en esta época de tanto fetiche del progreso, a quién puede importarle el idilio enrarecido entre un escritor poseído y una estre-

llita fugaz de la radiofonía, aunque sus obras y biografías se proyectaran después como una cinta de noticiario. Roberto, estoy seguro, esperaba que cuando le tocara la muerte lo encontrara con vida. Y Eva, con volver y ser millones. Los sueños, sueños son.